

Bibliografía

LA IMAGINACIÓN: UN ALIADO DE LA CIENCIA

Judith Wechsler (comp.), *La estética de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, 334 páginas.

En la *Estética*, Hegel rechazó la idea de que la filosofía del arte era la hermana menor de la lógica. El genio de la dialéctica se rebelaba así en contra de la escuela de Baumgarten (a quien debemos el término estética). Ésta había encerrado los sentimientos de belleza en un perímetro subalterno: agradan, entretienen, solazan, pero no constituirían partos genuinos del espíritu. Hegel impugnó con justeza esta irritante simplificación. “El mundo del arte es más verdadero que el de la naturaleza o el de la historia”, argumentó con un extremoso contrapunto. También recordó a Kant: “lo sublime es la tentativa para expresar lo infinito en lo finito”,¹ tesis que tendrá ecos en la filosofía contemporánea de la ciencia. En suma, Hegel levantó la estética a la altura de la percepción racional; en algunos pasajes insinuó, por añadidura, su superioridad empírica y metafísica. La estética sería entonces la hermana mayor de la lógica.

Al apuntar los nexos íntimos entre ciencia y arte, Bronowsky agrega caudal a esta corriente. Si la estética es extraña al investigador, el mundo de éste será inapetente y estrecho. “Un científico emocionalmente inmaduro se parece a un poeta intelectualmente rezagado: ambos producen obras que conmueven a los hombres, mas con un vigor ligero”.²

En fin, el escrutinio comparativo de Hofstadter es un ensayo crucial que demuestra con transparencia la intimidad irreversible de esos nexos. Al enumerar los atributos de la inteligencia creativa, Hofstadter subraya la capacidad para reconocer lo distinto entre iguales y lo semejante en la diversidad.³ Capacidad irritan-

te (para los demás) e inexcusable (para él mismo) que el hombre de ciencia y el artista deben al unísono cultivar.

Estas premisas inspiran el texto organizado por Wechsler, profesora de arte en el MIT. Digamos, para empezar, que los artículos aquí reunidos carecen de profundidad filosófica y de agudeza histórica pero exhiben una miscelánea de ideas que suscitan, al menos, curiosidad. Rasgo de bulto. La influencia de Poincaré es perceptible en la mayoría de los trabajos. Hay que lamentar, por tanto, la ausencia de Cassirer, de Freud y de Einstein, quienes han hecho aportes profundos al entronque entre ciencia y sensibilidad estética. Sin embargo, el libro es importante.

En la introducción, la compiladora señala que el científico verdadero (¿cuántos habrán?) no puede eludir los términos “belleza”, “elegancia”, “economía”. Todos ellos emanan del apetito estético. En ese ¡ajá! con el cual el investigador redescubre el hilvanamiento de una ecuación o enuncia la falsificación (en el sentido popperiano) de un paradigma, la emoción artística se filtra inevitablemente en el razonamiento. Se trata de una vivencia afín a la euforia de Arquímedes que Merton calificó como el “síndrome de Eureka”: el reconocimiento súbito y cristalino de un conocimiento oculto y rebelde.

Wechsler indica que el racionalismo objetivo de Popper, al objetar criterios ingenuos de verificabilidad y de reconstrucción teórica, es una prenda indispensable de la investidura científica. Porque los datos están cargados necesariamente de generalizaciones *a priori*. La metafísica no sigue a la física, como pensaba Aristóteles; se le adelanta. Y parafraseando a Marx podríamos decir que los datos no existen *en sí* sino *para sí*: se organizan siempre en la conciencia, en una teoría.

La estética permite descubrir propiedades adicionales en los principios científicos (p. 19). Un ejemplo: la paradoja de Epiménides (que Gödel habrá de formalizar en nuestros tiempos) “estoy mintiendo” encerraba tanto una ironía lógica como una penetración estética. Otro: la descripción tolemaica del movimiento celeste no era distinta, en lo fundamental, a la de Kepler; pero éste la hizo con mayor economía y elegancia. No hay portento científico sin sensibilidad artística.

1. G. Hegel, *Estética*, El Ateneo, Buenos Aires, 1954, pp. 92 y 239.

2. J. Bronowsky, *A Sense of the Future*, The MIT Press, 1977, p. 7.

3. D.F. Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach*, Basic Books, Nueva York, 1980, p. 26.

Wechsler acude a Poincaré para demostrar que el resultado es intelectual pero el proceso es estético. Para el matemático francés, la intuición —chispa inmediata de la percepción— está en la raíz de la aritmética y de la geometría. Dirac añade que sin visualización —aptitud agudamente artística— no hay teoría (p. 25). La estética une, mediante la analogía y la metáfora, a los conceptos con la realidad.

El ensayo de Cyril Smith interesará a los cultivadores del estructuralismo, corriente heterogénea y a menudo confusa en donde Marx comulga con Saussure, y éste con Prebisch. Combinaciones extrañas que no impiden el tráfico vivaz de imágenes e ideas. Smith advierte que el principio de la jerarquización se encuentra no sólo en los “árboles de pertinencia” (p. 32) sino en la estructura atómica de los cristales (p. 39). Más aún, el principio rige a la pintura y a la arquitectura. Este desplazamiento interdisciplinario gesta una síntesis estupenda en donde las emociones juegan con la razón. Si la memoria es sabiamente imprecisa (es decir, prescinde de datos superfluos) puede conducir a nuevas síntesis (p. 45) que superan a los túneles que nos proporcionan cada departamento universitario. Entonces se capta que detrás y más allá de los fenómenos (y de los deslindes organizacionales del saber) existe una estructura que imprime significado a las apariencias. Es la “gramática oculta” de los estructuralistas, esto es, el conjunto de normas subyacentes que une con acierto a las palabras. Incluso en la entropía, Smith nota un principio artístico (p. 51), como si la decadencia representara una afirmación de la vida. El científico puede (y debe) lograr una vivencia estética, latente en una modesta burbuja de jabón (p. 66). Pero el entusiasmo de Smith se excede al aplicar un estructuralismo ingenioso a la heurística de Kuhn: ésta no lo precisa; ya es suficientemente económica (como Mach hubiera querido) sin el juego estructural.

Un logro indiscutible e interesante de Smith es colocar a Borges en la senda del estructuralismo. Recuerda a Funes, el personaje “memorioso” del escritor argentino, quien siempre fue animado por la ironía socrática y por la fantasía cabalística. Smith se vale de Borges para acuñar el término “funicidad” (p. 72) que denotaría la capacidad de registro y de acumulación de las estructuras. La funicidad es tan importante como el olvido; el problema de la construcción atómica (como el de los hombres) es hallar un equilibrio entre ambas. La curva de crecimiento “S”, señala Smith, expresaría correctamente este problema (p. 84).

El texto de Morrison toca la quiebra de las simetrías, hecho al par científico y estético. Una relación es simétrica cuando sus diferencias son indiscernibles, dice Morrison siguiendo a Leibniz (p. 108). Esta relación preside a la mayoría de nuestros procesos lógicos, como se puede advertir en las computadoras. La rotación, la reflexión, la traslación: estos fenómenos ilustran el amarre simétrico. Sin embargo, hay casos en los que la relación se rompe. Morrison recuerda el experimento notable de Lee y Yang, que llevó a distinguir entre la “izquierda” y la “derecha” en la naturaleza (y no sólo en las estructuras sociales. . .). Esta perspectiva indujo a Pauli a sugerir que “Dios bien podría ser zurdo”. En última instancia, el progreso se materializa quebrando simetrías (p. 134); el ajuste perfecto es el perfecto estancamiento. Y Morrison no cree que el Nirvana sea una situación científica y artísticamente deseable (p. 136).

Miller se concentra en la visualización como mecanismo mental que regularía el engranaje científico y estético. Su ensayo es

una defensa de la intuición que se apoya en sugerencias mecánicas. A su parecer, la teoría cuántica no se habría desarrollado sin ella. Bohr y Pauli trataron de rescatar a la intuición y encontraron en Poincaré un aliado firme. La visión del átomo como un sistema copernicano es, sin duda, una expresión ejemplar de la visualización. No es un accidente —podría añadirse— que la mayoría de los profetas y parteros de la física moderna hayan sido hombres de acusada sensibilidad estética. Pensaban (y se pensaban) en mundos contradictorios sin caer en contradicción alguna. El escrito de Miller concluye diciendo que los límites entre disciplinas son convencionales (p. 196), deslindes hechos por criaturas mediocres o por espíritus incurablemente ordenados.

Papert alude al inconsciente matemático y sus funciones, con algunas novedades. Es muy difícil superar a Poincaré en esta materia. Papert se remite a un asunto interesante: el científico, como el artista, vive en la angustia permanente. Nada es ni completamente verdadero ni bruscamente falso: toda certidumbre es transitoria y mortal. Sólo políticos y teólogos pueden abrigar la creencia en la eternidad de los mitos. En el mejor de los casos, la angustia existencial de los científicos es moderada por el isomorfismo entre el perfil humano y la estructura matemática: hay algo en el hombre que le permite entender el número, y algo en el número capaz de describir los hechos de los hombres (p. 224). Por cierto, los cabalistas y Spinoza ya captaron, con espíritu pitagórico, esta afinidad fundamental.

El texto de Gruber se refiere a las imágenes darwinistas y a sus múltiples aplicaciones. La discusión lo lleva a revelar los aspectos “eróticos” del pensamiento científico (p. 251), que se expresan tanto en la enamorada dedicación a los temas como en el intercambio de fantasías. Pues la imagen no es sólo un producto estético; contiene, por añadidura, información (p. 259), que tiene un resorte libidinoso. De esta forma, arte y ciencia copulan.

Vickers, en fin, insiste en sus páginas en que la intuición fluye implacablemente de una construcción teórica (p. 283); el chispazo de la imaginación es causado por la colisión de conceptos. Ninguna inferencia es completa, ni completamente válida (p. 286). Siguiendo las huellas de Popper, Vickers rechaza el induccionismo ligero. El dato es, en última instancia, un artefacto conceptual (p. 294). Y los artefactos conceptuales pueden combinarse de diversas maneras. Esta premisa entraña que la demarcación entre ciencia y no-ciencia es artificial y, acaso, contraproducente (p. 307).

Dos comentarios finales. El énfasis en la estética en los procesos de la reflexión científica no debe ocasionar una glorificación gratuita de la intuición y de la fantasía. Éstas necesitan principios ordenadores si pretenden pisar el umbral de la ciencia. Hay una diferencia considerable entre la neurosis que puede modelar, con equilibrio, una obra de arte, y la anomalía que es indispensable en el crecimiento científico. El deshilvanamiento neurótico destruye a las disciplinas científicas, pero la anomalía falsificadora es creativa. Esta distinción debe protegerse en todos los ambientes, especialmente en aquellos donde la ciencia todavía debe adquirir un sostenido apoyo social.

Y segundo: la lectura de esta obra no es fácil. En parte, los tropezos se derivan de la ausencia relativa de rigurosidad de varios de sus contribuyentes; también de imprecisiones en la traducción. Para empezar, el libro debió llamarse (como en el título original) “la estética en la ciencia”; además, los traductores mal interpreta-

ron "assessment" y lo virtieron como "asesoría" (p. 87). A pesar de estas reservas de tono menor, el libro de Wechsler merece una lectura atenta. □

Joseph Hodara

LA VERDAD SOSPECHOSA DE LAS PLANTAS

Abigail Aguilar Contreras y Carlos Zolla, *Plantas tóxicas de México*, Instituto Mexicano del Seguro Social, México, 1982, 271 páginas.

En tiempos en que dominan el apresuramiento, la monotonía y el desaliño en las publicaciones, resulta raro encontrar una edición como la de *Plantas tóxicas de México*. Tras abrir el verde guardapolvo plastificado, en cuyo centro figura uno de los dibujos de Carlos Zolla, los ojos se topan con el tono sedante del papel "cultural", en donde destaca el tipo fino y uniforme de la composición y la impresión nítida de los dibujos, cuya fidelidad no disminuye, más bien aumenta, la belleza y complejidad de las plantas, como lo muestra, por ejemplo, el trazo de la *Anagallis arvensis*, las hojas fantasmales de la *Argemone mexicana*, la espiritualidad del *Centarium calycosum* o la irrealidad de la *Thevetia peruviana*.

El libro tiene muchos aspectos valiosos. Como señalan los autores, desde tiempos remotos la herbolaria ha ocupado un sitio preeminente entre los habitantes de la república. La historia menciona la presencia constante de las plantas en la alimentación, la medicina, los rituales y las moradas de los antiguos pobladores del territorio mexicano. En 1519, cuando arribaron los conquistadores españoles, el herbario imperial de Tenochtitlan albergaba más de dos mil diferentes plantas medicinales. Asombrados ante una riqueza vegetal jamás vista en Europa, el Rey de España y el Vaticano procuraron recoger toda la información posible acerca de la herbolaria azteca, que quedó incluida principalmente en tres grandes obras: el Manuscrito de Badiano, el Manuscrito de Fray Agustín Farfán y el herbario monumental compilado por Francisco Hernández. Así, aunque gran parte de la medicina de los mayas, mexicas y otros pueblos antiguos se perdió con la destrucción de los códices y registros de los médicos indígenas a manos de los conquistadores, las tres obras citadas —entre otras— rescataron una gran información acerca de los remedios elaborados con yerbas medicinales para todo tipo de males y manifestaciones sospechosas ante los ojos de los indígenas, como las pecas.

Los médicos aztecas llevaban la delantera a los europeos por varios siglos, a causa de su conocimiento de un gran número de plantas que contienen sustancias curativas para numerosas enfermedades. En otra publicación del IMSS, Gordon Schendel¹ señala que, mientras en pleno siglo XIX, los soldados heridos durante la guerra civil de Estados Unidos sufrían la amputación de los miembros destrozados a punta de tragos de whisky y mordiendo una bala para no aullar de dolor, los cirujanos y médicos me-

xicas disponían en 1519 de numerosos narcóticos para diferentes necesidades. Por ejemplo, para embotar a las víctimas antes de que sucumbieran en la piedra de los sacrificios rituales, se les rociaba el rostro con alguna de las diversas especies de *Datura stramonium*. De modo similar, los hongos alucinógenos y otras resinas se empleaban para anestesiarse a quienes se les practicaba alguna operación quirúrgica.

El estudio de las plantas medicinales que realiza la Unidad de Investigación Biomédica en Medicina Tradicional y Herbolaria del IMSS tiene como fin rescatar los conocimientos populares acerca de la rica vegetación de México y, al mismo tiempo, difundir los posibles riesgos o beneficios de numerosas plantas, cuya toxicidad no es del conocimiento general.

Riesgos, porque una planta, en apariencia benéfica, puede ser tóxica al contar con un agente contaminante en su superficie, como sucede con el hongo *Aspergillus flavus*, que crece en los cultivos de avena, o como ocurre con el cornezuelo del centeno, hongo que se instala en los estigmas de la flor y contamina el pan de centeno con LSD; o a causa, incluso, de sustancias nocivas como nitratos, sulfas o insecticidas que contienen las tierras en donde crecen las plantas, o debido, en fin, a que una misma planta puede ser tóxica o inofensiva al mismo tiempo, según la forma en que se utilice, como sucede con la yuca (de la cual se obtiene la tapioca), que pierde su toxicidad con el cocimiento.

Hay plantas, asimismo, que se consumen por sus efectos benéficos, pero cuya ingestión puede ser riesgosa si no se considera la forma de comerla, la cantidad que se ingiere y la parte de la planta que se utiliza. Por ejemplo, en México es muy gustado el fruto del capulín (*Prunus serotina*), aunque las diversas partes de la planta contienen un glucósido cianogénico (amigdalina) que se convierte en ácido cianhídrico por hidrólisis; en otros términos, el contacto de las partes venenosas de la planta con la saliva de humanos y animales desencadena un proceso altamente tóxico.

Hay otros vegetales que son preferidos por la belleza de sus flores. La nochebuena, tan cotizada durante las fiestas decembrinas, contiene en hojas, flores y tallo un látex extremadamente venenoso que produce lesiones de cuidado en la piel. Otra es la olorosa madreleña, cuyo cultivo en los jardines caseros representa, según los autores, un riesgo constante para personas y animales domésticos, "por tratarse de una de las plantas más venenosas que se conocen" (p. 106).

Otras plantas de ornato que ocultan sustancias tóxicas tras de su belleza son la acacia, la begonia, la espuela, el clavel de España, el laurel, el floripondio, la hortensia, la huela de noche, el jazmín, el narciso, el lirio, las lilas, la digital y la hiedra. Incluso algunos de los árboles que adornan las aceras tienen propiedades tóxicas. Es el caso del trueno y, sobre todo, del colorín, cuya madera es ideal para fabricar artesanías y cuya vistosa semilla representa un peligro para los niños de las áreas urbanas y rurales, atraídos por el color del frijol.

Casos más increíbles son los de algunas plantas cuyos frutos, raíces o tallos son comestibles: el jitomate, por ejemplo; cuando los frutos aún están verdes, contienen glucoalcaloides, y los tallos y hojas, principios tóxicos insolubles en el agua, que perduran incluso después del cocimiento. El epazote, condimento indispensable en numerosos platillos mexicanos, provoca intoxicación cuando se utiliza en exceso, dado su contenido de ascari-

1. Véase Gordon Schendel, *La medicina en México. De la herbolaria azteca a la medicina nuclear*, IMSS, México, 1980.

dol, sustancia desparasitante. El betabel ha llegado a producir daños al hombre y a los animales al cultivarse en tierras con elevadas concentraciones de nitratos. El repollo, también de amplio consumo, resulta un alimento muy riesgoso si se consume en demasía porque contiene tioureas, cianuros y sulfonamidas. Sin embargo, aunque los autores no lo aclaran plenamente, en estos dos últimos casos la toxicidad no reside en las plantas, sino que la provoca el descuido humano.

Casi todas las plantas son multifacéticas. Por ejemplo, la tullidora, prima hermana del capulín, puede provocar la muerte por parálisis a quienes consumen su fruto; sin embargo, sus raíces contienen el antídoto del veneno que produce. Al lado de los elementos tóxicos, la huela de noche posee cualidades antiepilépticas. En cuanto a los tallos y hojas del jitomate, en numerosas regiones se utilizan como bactericidas y fungicidas.

Hay otras plantas, en cambio, de las cuales sólo se han comprobado propiedades tóxicas, no aprovechables en la farmacopea, y que tal vez, señalan los autores, podrían erradicarse sin provocar daños a la ecología. Tal es el caso de la cicuta, que crece en diversas regiones de la república y cuya desaparición tal vez podría salvar la vida de algunos Sócrates anónimos, ignorantes hasta de eso.

Otras plantas contienen sustancias útiles en la investigación biomédica, lo cual las sitúa como elementos destacados de la flora mexicana. Entre otras, son la *Argemone mexicana* o chicalote, la *Cannabis sativa* o marihuana, las diversas especies de *Datura* (floripondio, florifundio, toloache), el *Delphinium ajacis* o espuela, la *Dicentra spectabilis* o Corazón de María, la *Digitalis purpurea*, digital o colita de borrego, y las *Dioscoreas* o barbascos.

Los autores señalan que el desconocimiento de las propiedades tóxicas de las plantas provoca numerosos daños en el ganado y lamentables intoxicaciones en los humanos, sobre todo en-

tre quienes viven en las zonas rurales. Empero, los datos que proporciona el estudio acerca de la peligrosidad de las plantas deben tomarse con cautela. Después de todo, la sabiduría de la gente del campo y el instinto de los animales deben influir, en parte, en la selección y uso de las plantas. Que una misma especie reciba un nombre distinto en las diferentes regiones del país (y a veces varios nombres en una misma región) demuestra que la vegetación forma parte de la vida y de las tradiciones de los mexicanos. Así, la *Erythrina americana* o colorín, recibe 36 nombres distintos; la *Andira inermis* o cuartoloti, 30; la *Chenopodium ambrosioides* o epazote, 27; la *Caesalpinia pulcherrima* o cacalaca, 25; la *Cassia occidentalis* o palo zorrillo, 20, y la *Karwinskia humboldtiana* o capulín, 25.

Tan sólo en la elección de los nombres se advierte la riqueza de la sabiduría popular. Aunque algunas plantas quizá deban su denominación a la forma, el color u otros aspectos físicos, otras tal vez lo merezcan por sus propiedades tóxicas o curativas. Nombres que denotan relaciones malignas son árbol del diablo, árbol de la muerte, cólera de novio, chilillo venenoso, diente de víbora, fruta de víbora, hiedra venenosa, hierba de la víbora, hierba del diablo, higuera del diablo, higuera infernal, mala mujer, mata gallinas, mata perros y palo loco. En cambio, otros hacen pensar en las propiedades benéficas de las plantas: cardo santo, buena moza, angelitos, cola de novia, corazón de Jesús, corazón de María, corona del sol, flor de la virgen, hierba de las ánimas, hierba en cruz, levántate don Juan, linda tarde, maravilla morena, muela de San Cristóbal, palabra de caballero, pepita de San Ignacio y quita pesar.

La investigación de Abigail Aguilar Contreras y Carlos Zolla nos ha mostrado que conocemos muchas plantas útiles, aunque desconocemos la utilidad de muchas otras. Los autores logran su meta uniendo el arte, la historia y la investigación. □

Graciela Phillips

obras recibidas

Asociación Mundial de Centros Históricos y Sociales del Movimiento Obrero

El primer 10 de mayo en el mundo, t. II, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (CEHSMO), México, 1982, 302 páginas.

Cornelis P.A. Bartels

Economía del bienestar, distribución del ingreso y desempleo, trad. del inglés de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica (FCE), México, 1982, 302 páginas.

Walden Bello, David Kinley y Elaine Elison

Development Debacle: The World Bank in the Philippines, Institute for Food and Development Policy/Philippine Solidarity Network, San Francisco, 1982, XVI + 252 páginas.

José Bengoa

Cuestiones de desarrollo rural alternativo, serie Documentos de Trabajo, núm. 10, Grupo de Investigaciones Agrarias, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982, 38 páginas.

Mario I. Bléjer y colaboradores

Ensayos sobre el enfoque monetario de la balanza de pagos, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), México, 1982, VI + 119 páginas.

Álvaro Briones

Entre el conflicto y la negociación. Los funcionarios públicos frente a las empresas transnacionales, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo y Editorial Nueva Imagen, México, 1982, 109 páginas.

Jean-Marie Brohm

Sociología política del deporte, trad. del inglés de David Álvarez Aub y René Palacios More, FCE, México, 1982, 334 páginas.

Pilar Campaña y M. Soledad Lago

... Y las mujeres también trabajan, serie Resultados de Investigación, núm. 10, Grupo de Investigaciones Agrarias, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982, XVI + 77 páginas.

- A.J. Carlyle
La libertad política. Historia de su concepto en la Edad Media y los tiempos modernos (versión en español de Vicente Herrero), FCE, México, 1982, 294 páginas.
- Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos
Supervisión y fiscalización bancarias (trabajos de la Primera Reunión de Superintendentes de Bancos de América Latina y del Caribe, 17-29 de julio de 1981), CEMLA, México, 1982, VI + 323 páginas.
- Freeman Dyson
Trastornando el universo, trad. del inglés de Jenny Kesnikoff y Juan José Utrilla, Conacyt-FCE, México, 1982, 316 páginas.
- Emilia Ferreiro y Margarita Gómez Palacio (comps.)
Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura, Siglo XXI Editores, México, 1982, 354 páginas.
- E.V.K. Fitzgerald
Acumulación planificada y distribución del ingreso en pequeñas economías socialistas periféricas, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales-Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, Managua, 1982, 18 páginas.
- Antonio Gómez Olivier
Desarrollo financiero y crecimiento económico. Las experiencias de México y otros países latinoamericanos, FCE, México, 1982, 129 páginas.
- Henryk Greniewski
Cibernética sin matemáticas, trad. del polaco de Eli de Gortari y Ewa Wasilewska, FCE, México, 1982, 591 páginas.
- Grupo de Investigaciones Agrarias
En el Centro de Documentación de Tecnología Campesina tenemos. . ., Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982, VIII + 146 páginas.
- Qué pasa con los campesinos*, cuadernillo de información agraria, núm. 8, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, s.f., IV + 58 páginas.
- Graham Jones
Ciencia y tecnología en los países en desarrollo, trad. del inglés de Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1982, 210 páginas.
- Abram Kardiner
El individuo y su sociedad. La psicodinámica de la organización social primitiva (prólogo y dos informes etnológicos de Ralph Linton), trad. del inglés de Adolfo Álvarez Buylla, FCE, México, 1982, 450 páginas.
- A.F. Leemans (comp.)
Cómo reformar la administración pública, trad. del inglés de Luis García Cárdenas, FCE, México, 1982, 389 páginas.
- Élise Marienstras
La resistencia india en los Estados Unidos del siglo XVI al siglo XX, trad. del inglés de Uxoa Doyhamboure y Óscar Barahona, Siglo XXI Editores, México, 1982, 244 páginas.
- Karl Marx
Notas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner, Ediciones de Pasado y Presente, México, 1982, 76 páginas.
- Geoffrey G. Meredith, Robert E. Nelson y Philip A. Neck
Lo que todo pequeño empresario debe saber, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, 1982, X + 208 páginas.
- Frances Moore Lappé y Joseph Collins (con la colaboración de Cary Fowler)
Comer es primero. Más allá del mito de la escasez, Siglo XXI Editores, México, 1982, 409 páginas.
- Alec Nove
El sistema económico soviético, trad. del inglés de Jaime Silvert y Mirta Voldman, Siglo XXI Editores, México, 1982, 527 páginas.
- Francisco de Oliveira
Elegía para una religión. Sudene, Nordeste. Planificación y conflicto de clases, trad. del portugués de Stella Mastrangelo, FCE, México, 1982, 164 páginas.
- Miroslav Pečujlić, Anouar Abdel-Malek y Gregory Blue (eds.)
La transformación del mundo; vol. 1, Ciencia y tecnología, Siglo XXI Editores-Universidad de las Naciones Unidas, México, 1982, 276 páginas.
- Walter Rodney
De cómo Europa subdesarrolló a África, trad. del inglés de Pablo González Casanova Henríquez, Siglo XXI Editores, México, 1982, 346 páginas.
- Antonio Sacristán Colás
Inflación, desempleo, desequilibrio comercial externo, Centro de investigación y Docencia Económicas (CIDE), México, 1982, 225 páginas.
- Mao Tse-tung
Una crítica de la economía soviética, introducción de James Peck; trad. del inglés de Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1982, 143 páginas.
- Louis Turner
Las compañías petroleras en el sistema internacional, trad. del inglés de Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1983, 323 páginas.
- Francisco Vio Grossi
La educación popular y el contexto rural: cambio agrario, movilización campesina y programas de desarrollo rural, serie Documentos de Trabajo, núm. 7, Grupo de Investigaciones Agrarias, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982, 42 páginas.
- Robert M. Wald
Espacio, tiempo y gravitación. La teoría del Big Bang (la gran explosión) y los agujeros negros, trad. del inglés de Víctor M. Suárez D., col. Breviarios, núm. 315, FCE, México, 1982, 214 páginas. □